

María duerme abrazada a su hijo sintiendo como si de su cuerpo brotara un manantial de amor mucho más fuerte aún que el apasionamiento que la había arrastrado hasta España.

Si pudiera permanecer siempre así, unida a él, sería la mujer más feliz del mundo.

Ella le enseñaría a leer, escribir, y cantar como Andy Chango.

Los abuelitos a los que cuidaba podrían narrarle bellas historias verídicas fruto de su experiencia.

Verían películas, escucharían música, le llevaría a los museos...

Además, con internet, todo el conocimiento humano se encontraba disponible.

Sería simplemente cuestión de averiguar cuales eran las inclinaciones de su hijo y ayudarle a encaminar su vocación.

La verdad es que le gustaría poder sacarle del colegio porque le parecía una especie de prisión en la cual se encerraba a los niños, para apartarlos no sólo del cariño de sus madres, sino para limitar sus capacidades.

Por una parte se sentía como una especie de terrorista por pensar así, aunque por otra le resultaba realmente increíble que Miguel, con seis años y medio, no fuera aún capaz de reconocer ni siquiera las letras.

Eso realmente le desesperaba, el ver que a pesar de tanto esfuerzo como suponía llevarlo cada mañana y pagar montones de tonterías, no sólo no aprendía nada sino que se embrutecía.

Claro que iba a un colegio público en el centro de la ciudad en el que la mayoría de los alumnos eran hijos de emigrantes, como ella misma; y aunque teóricamente eso podría resultar enriquecedor culturalmente, se daba cuenta de que no era así en absoluto.

Los profesores se quejaban de que pasaban la mayor parte del tiempo tratando de pacificarlos y que por eso no lograban enseñarles ni lo más básico.

¿Y si lo que sucedía era que los niños en realidad se estaban sublevando como los presos en las cárceles sin que nadie se hubiera percatado del sentido de esa rebelión?

Eso se le había ocurrido porque no consideraba a los niños como una manada de animales salvajes a los que había que doblegar, sino como ángeles llenos de pureza y sentido común.

En principio la educación pretendía ser igualitaria, pero hasta un tonto, y no digamos un niño, podía darse cuenta de que la coexistencia de colegios públicos y privados segregaba a sus alumnos de por vida.

De todos modos en Argentina el clasismo escolar era aún peor, y aunque ella había tenido la suerte de asistir a un buen colegio, e incluso haber pasado por la universidad, tampoco le había servido de nada.

El criar a Miguel en Europa, además de servirle quizá para volver un buen día con su padre, al que todavía amaba, lo hacía para que pudiera recibir una buena instrucción; aunque cada vez estaba más convencida de que el sistema educativo español resultaba una estafa.

De qué le valía ofrecerle cada día lecciones de civismo y cortesía si luego en su entorno, principalmente el escolar, esos valores eran rechazados, pues los niños violentos y maleducados estaban mejor considerados, dado que la brutalidad triunfaba sobre la delicadeza.

Cómo le gustaría poder salvar a su hijo de todo aquello.

Por eso, tratando de protegerlo de las amenazas conscientes e inconscientes que rondan sus sueños, le abraza notando su ser lleno de una especie de líquido amniótico que recorre su cuerpo, haciéndole sentirse no sólo plenamente viva, sino más feliz de lo que nunca hubiera imaginado.

Mario, sentado frente a su mesa de trabajo, comienza a ser vencido por el sueño.

Entonces, aunque aquello nada tenía que ver con Marx, decidió enviarle a Mireya un mensaje con la excusa de preguntarle si iba a asistir a la manifestación que tendría lugar ese mismo día dentro de doce horas.

A pesar de que era demasiado pronto y la respuesta no llegaría inmediatamente, sentía como si el hecho de haber realizado esa acción le permitiera irse a dormir tranquilo. Ella le había abandonado, traicionándole con su mejor amigo.

Sin embargo, quizá Ángel tenía razón, y detrás de aquel gesto podría esconderse una especie de protesta por alguna afrenta causada previamente.

Las mujeres para él, puesto que no tenía hermanas y ni tan siquiera ninguna prima, representaban una especie de enigma, una interrogación con curvas sinuosas y un punto crucial, el sexo.

Su padre precisamente trabajaba con mujeres, o mejor dicho para mujeres, ya que era psiquiatra.

Su clientela estaba prácticamente constituída por chicas anoréxicas enviadas a la consulta por sus padres, o amas de casa deprimidas.

Al parecer era un buen profesional, ya que tenía siempre la consulta llena.

De joven se había venido de Perú porque a través de un amigo había conseguido un trabajo en Ciempozuelos, en el psiquiátrico San Juan de Dios.

Allí había pasado muchos años antes de montar la consulta privada.

Su madre había fallecido hacía diez años, y dos años más tarde su padre había comenzado a convivir con una mujer mucho más joven.

Las relaciones entre sus padres las recordaba tensas, aunque al haberse acostumbrado a ello, le parecía de lo más normal.

La imagen que guardaba de su madre, tras quince años de convivencia, era la de una sirvienta, siempre limpiando y cocinando del mismo modo que ahora lo hacía su madrastra.

A él le gustaría comprender el feminismo, pero consideraba a las feministas mujeres mucho más amargadas que el resto, además de feas, por las cuales no sentía la mínima simpatía.

En el fondo le dolía pensar así, e incluso se avergonzaba, tratando de ocultarlo.

Y es que sólo de considerar la posibilidad de una igualdad a lo Simone de Beauvoir, algo se revolvía en su interior, como si el hecho de imaginar que las mujeres pudieran llegar a masculinizarse le pareciera una monstruosidad.

Por ese motivo dejaba de lado el tema, ya que creía que si nunca a lo largo de la historia había sido así, por qué habría de cambiar precisamente ahora.

Al parecer incluso las propias feministas se estaban arrepintiendo de haber concebido esa infértil posibilidad, lo cual había dado origen al llamado feminismo de la diferencia, del que tan sólo sabía de oídas a través de una compañera de la facultad que estaba haciendo su tesis sobre Julia Kristeva.

Incluso veía, aunque esto nunca se lo había confesado ni siquiera a su mejor amigo, a las mujeres que estudiaban filosofía demasiado agresivas y poco deseables en comparación con el resto.

Mireya, sin embargo, era femenina hasta la saciedad, y por eso le volvía loco de deseo.

Con su pelo trigueño, sus ojos verdes y su piel tan blanca...

Tenía unos pechos perfectos, ni grandes ni pequeños.

Verlos, acariciarlos y besarlos suponía el sùmmum del placer.

Ahora eran amigos, aunque en el fondo sentía como si aquella amistad fuera interesada, o al menos por su parte.

Entonces, acompañado por su recuerdo, se admite derrotado por el cansancio.

Miriam vuelve a intentar escribir.

Aunque no se le ocurre nada, no pensaba irse a la cama sin haber comenzado su novela, pues estaba acostumbraba a imponerse todo como un castigo, amenazándose a sí misma con privarse de lo que fuera si no lograba su objetivo.

Lo cierto es que siempre lo cumplía, y si esa técnica hasta ahora le había dado buen resultado, no iba a fallarle tampoco esa noche.

Recordaba que cuando estudiaba bachillerato en el colegio religioso, apenas salía los fines de semana para poder estudiar más y así sacar mejores notas.

Y ahora que pensaba en las monjas, recordaba que de pequeña las veía feas, casi como engendros en lugar de mujeres normales.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, cada vez se parecía más a ellas físicamente.

Las monjas no se maquillaban jamás, y ella rara vez lo hacía.

Por una parte se pasaba el día escribiendo sobre cosméticos, aunque por otra le producían una especie de repulsión cuando trataba de echárselos.

Su piel era lo suficientemente grasa como para que ni siquiera le hiciera falta usar crema hidratante.

Tampoco le gustaba pintarse las uñas, ni los labios, ponerse maquillaje, o echarse rimel.

En su ambiente resultaba extraño, pero no podía evitarlo, aunque desconocía la razón.

Su amiga Marta, sin embargo, era todo lo contrario.

Desde los doce o trece años, nunca la había visto sin maquillar, incluso cuando en verano iba a bañarse a su piscina.

En su cuarto de baño se encontraban todos y cada uno de los productos que salían en su revista, especialmente los anticelulíticos.

Aunque la pobre, por muchos tratamientos que se hacía, no perdía un gramo, sino que cada vez engordaba más.

Según ella había sido desde que el psiquiatra le había cambiado el Prozac por otro antidepresivo, pero le parecía que se trataba de una excusa.

A pesar de que nunca se lo había confesado, sabía que desde la adolescencia padecía trastornos alimentarios.

No hacía más que verla cuando salían a cenar en pandilla los fines de semana para darse cuenta que tenía que encontrarse muy mal para comer con el ansia que lo hacía.

Por entonces aún estaba delgada, lo cual significaba que después de aquellos festines, nada más llegar a casa, se iba derechita a vomitar.

Gracias a Dios, ella no había tenido nunca que preocuparse por el peso, ya que su propio nerviosismo le impedía engordar.

En el fondo de su ser eso le satisfacía en gran medida porque sabía que tener un buen cuerpo estaba aún mejor valorado socialmente que ser guapa.

Las pieles delicadas, como la de Marta, a partir de los treinta se volvían ajadas y no había forma de mantenerlas tersas, como lo estaba suya.

Además, de nada le servía a su amiga que sus padres tuvieran tanto dinero, si sólo se lo podía gastar en bolsos y en zapatos carísimos, pues la ropa no le quedaba más remedio que comprársela en Zara, donde no había necesidad de abochornarse ante de las depedientas debido a las escabrosas cuestiones de la talla.

Tras haber pensado en toda esa sarta de banalidades, le dio por volver a reflexionar sobre el tema de las monjas, descubriendo cómo ella misma, al ser mucho más masculina que su amiga, se las arreglaba mucho mejor en la vida.

Por mucho que las religiosas pudieran haber sido las lesbianas del pasado, eso no me sirve para mi novela, ya que los tiempos de Santa Teresa han quedado atrás.

Moncho se encuentra adormilado en el metro.

Los domingos a esas horas de la madrugada los vagones que se dirigían al centro iban prácticamente vacíos, mientras que los que traían a los jóvenes de vuelta para sus casas se encontraban abarrotados.

Sin embargo, los días laborables era justamente a la inversa.

Las escenas que se producían en las estaciones le parecían una película neorrealista, aunque ya no le hacía falta ni mirar porque se las sabía de memoria, dado que siempre se repetían.

Bien se trataba de grupos de gamberros gritando y golpeando con rabia todo lo que encontraban a su paso, furiosos al parecer por no haber logrado aparearse esa noche; o de parejas que en absoluto parecían modelos de romanticismo, sino más bien lo opuesto.

Las chicas que conseguían ser aprehendidas por un varón, se desligaban de sus amigas

para irse con su raptor, como si realmente creyeran que él iba a protegerlas, cuando se trataba de todo lo contrario.

Éste, aún fingiendo estar pendiente de la joven, seguía a su manada de lobos sin soltar al cordero, sobre el cual se apoyaba como señal de dominio.

Viéndolos pasar se hacía evidente que aunque ellas apenas se sostenían sobre los tacones, aguantaban sin rechistar.

La historia del cazador y la presa, como él lo llamaba, le había inspirado un cortometraje, Sangre.

Primero salían unas jóvenes cantando por el bosque, y entonces llegaban los chicos corriendo exaltados.

Dado que ellas huían despavoridas, ellos se hacían con escopetas para atraparlas.

Entonces comenzaban a disparar indiscriminadamente, y en medio de aquel desenfreno, como era de suponer, terminaban asesinandolas.

Al final, solos y aburridos, acababan disparándose hasta aniquilarse unos a otros.

En el fondo se percataba de que la visión que tenía del mundo era excesivamente catastrofista, y que su imaginación, en lugar de mejorarla, le proporcionaba un tinte más dramático aún.

Sin duda le gustaría poseer el sentido del humor de Woody, pero dado que no era así, le consolaba el que al menos sus autores de culto compartieran aquella opinión.

Si en las películas de Godard las mujeres eran siempre víctimas de la crueldad masculina, en las de Hitchcock no digamos.

Una de sus favoritas de John Huston, Paseo por el amor y la muerte, también mostraba que conseguir escapar a la barbarie humana resultaba prácticamente imposible, y tan sólo las parejas de enamorados podían lograrlo, aunque tampoco durante mucho tiempo.

Por eso él quiere encontrar a una actriz dispuesta a enamorar al mundo entero y mostrarse como una especie de heroína singular al estilo de Carmen Maura.

No necesitaba ser joven, sino lo suficientemente bella para conquistar los corazones de los caballeros y las damas de nuestro tiempo, en vez de saciar la sed de lujuria de las masas al estilo de Angelina Jolie y Brad Pitt.

Lo tenía muy claro, bajo ningún concepto iba pasarse al bando de los malos; es decir, dedicarse a hacer versiones modernas de pelis del oeste.

Para eso estaban las grandes producciones americanas, para poner a tíos fornidos a pegar tiros contra los más débiles disfrazándolos de amenazadores, y luego, una vez el público adiestrado, poder llevar a cabo sin trabas incursiones bélicas.

Por todo ello, aun semidormido, no deja de pensar en su musa y presente encontrarse a punto de hallarla.

Marta canta al fin después de tantos años de silenciosa amargura.
Todo gracias a que había cometido una insensatez.
Se le había ocurrido marcar un número al azar.
Después de haber probado unos cuantos, una voz más amable de lo que jamás hubiera imaginado respondió a su grito de auxilio.
Entonces, para aprovechar la ocasión, sintió la necesidad de contárselo todo, de confesarle todos y cada uno de los secretos que había mantenido encerrados en su pecho pudriéndose sin poder ver la luz.
Para empezar lo del VPH, que al menos no se trataba de un virus mortal, pero durante años había estado yendo al ginecólogo sin decírselo ni siquiera a su madre.
Aquel lamentable recuerdo se lo había traído de Nueva York.
Allí había pasado un mes haciendo un curso de inglés.
Para practicar, se iban los fines de semana a la discoteca.
Pues bien, ese regalito, y también un intento de violación sobre un coche, era lo que había recibido a cambio de perder su virginidad.
Y, casualmente, ambas agresiones contra su integridad física y psíquica habían sido perpetradas por hombres de color.
Aunque sabía a la perfección que la africana y la americana eran dos culturas diametralmente opuestas, aún sentía su corazón acelerarse cuando veía a los negros que vendían CDs en la calle.
Aquel había sido su primer gran viaje al extranjero cuando había cumplido los dieciocho.
Más que a estudiar, había ido desmadrarse, porque ante todo quería convertirse en una chica liberada.
Sin embargo, lo único que logró fue regresar más atemorizada.
En el fondo siempre había tenido miedo a todo, aunque tratara de mostrar justo lo contrario.
Por eso, cuando llegaba a casa, angustiada, se ponía a comer.
Compraba en el supermercado todo lo que le apetecía y engullía hasta reventar, ya que no temía engordar pues conocía el modo de evitarlo.
Recordaba que su madre, al llegar a los cuarenta, había empezado a ganar peso y le ofrecía de merienda sus barritas de Biomanán.
Por entonces creía haber ya descubierto el modo de dominar no sólo su cuerpo, sino su vida, vomitando cuanto ingería.
Pensaba que todo era así de sencillo, y que, como la princesita de un cuento, se casaría cuando quisiera con quien ella deseara, no en vano desde niña todos le iban detrás.
Sus cabellos rubios, su piel tan fina, y su delicadeza al hablar, le hacían sentirse una especie de Blancanieves a punto de encontrarse con el príncipe azul.
Durante la carrera salía de noche prácticamente todos los fines de semana, y como no sacaba malas notas, se creía omnipotente.
Lo del doctorado reconocía que había sido un error.
Si durante la adolescencia se había creído capaz de destacar sobre su madre, nunca debiera haber deseado llegar tan alto como su padre.
Ahora se conformaba con un triste empleo monótono y aburrido rodeada de engreídos enchufados.
Todos habían pasado las pruebas de acceso del mismo modo que ella, conociendo algún jefado que les había conseguido una entrevista con el jefe de personal, el cual les había proporcionado las soluciones a los exámenes.
Si estaba tan deprimida era porque tenía menos independencia aún que su madre.
Pero eso se había terminado, siendo ésa la razón que ahora la impulsa a cantar.

Marcial acaba de recuperar la fe, y es que a decir verdad nunca la había perdido.

Aunque su padre no era religioso en absoluto, a su madre sí podía considerársela una mujer piadosa.

De no ser por la iglesia, ella no hubiera aguantado la amarga vida que le había tocado, y como poco hubiera tenido que suicidarse.

Siempre decía que le hubiera gustado mucho poder ir a limpiar por ahí, pero su marido se lo había prohibido.

A él le parecía que la misa era cosa de mujeres, de viejas ociosas que llenaban la iglesia del mismo modo que los hombres los bares.

En ambos lugares sagrados, como en una especie de comunión comunista, cada uno de los dos géneros de la especie humana se reunían por separado, unos bebían vino y las otras comían pan para consolarse.

De niño sí que le parecía que en eso del cristianismo se hallaba una gran verdad, la de que todos a priori éramos hermanos, hijos del mismo padre, y que debíamos amarnos como tales.

Luego, tras su época hippie, bohemia y juvenil, fumando porros y bebiendo calimocho, justo cuando estaba a punto de perder la fe, había conocido en el barrio a un hombre que proclama los mismos valores de los cristianos, convirtiéndole a esa nueva religión en la que no era necesario ir a la iglesia, puesto que podía ser compartida con las mujeres en los bares.

De hecho siempre llevaba con él a su hija, la chica más guapa que había visto en su vida y a la que respetaba como si fuera una virgen.

Ella era una de las personas que se preocupaban cada día por su bienestar, yendo a menudo desde que vivía en la calle a preguntarle cómo se encontraba y qué era lo que necesitaba.

A veces, cuando su madre ya estaba dormida, le decía que subiera a su casa.

Como el mundo nunca es perfecto, si la joven tenía un padre del que podía decirse que era un santo, que en paz descansase, además de un hombre apuesto e ingeniero; la madre en este caso parecía la clásica bruja de los cuentos.

Se trataba de una de las típicas mujeres burguesas del barrio, que por haber nacido en una familia con cierto patrimonio, se creía superior a todo cuanto le rodeaba.

Aunque según le habían contado, las propiedades le venían por línea materna, ya que la abuela, una de esas valientes mujeres republicanas, había estudiado y trabajado como boticaria; consiguiéndole a su hija un puesto fijo de por vida en el colegio de farmacéuticos.

Habían tenido tres varones y una niña, Mónica, la pequeña, a la cual la madre siempre había tratado como a la cenicienta del cuento.

El propio padre se quejaba de ello y pretendía hacer que también los hijos ayudaran en la casa, pero su mujer se empeñaba en protegerlos; así que era él mismo el que limpiaba y cocinaba con el afán de ahorrarle pesares a su hija.

Los chicos se habían casado bien, incluso uno vivía en el barrio de la Moraleja.

La chiquilla, que estaba soltera y debía rondar los treinta, estaba acostumbrada a trabajar como una negra, pero aún así no había nunca dejado de estudiar, y era muy activa políticamente.

Según le había contado pertenecía a un grupo comunista que no paraba de realizar todo tipo de actividades, y siempre le venía contando algo nuevo.

Lo raro era que no hubiera aparecido aún por allí, ya que solía visitarle todos los domingos de madrugada cuando volvía a casa.

Verla aparecer sonriente, como ahora es el caso, le permite confiar en la magnanimidad ya no de Dios, sino también del género humano.

Muriel está haciendo las maletas con la intención de irse a París. Había comprado por internet el billete para un vuelo que salía esa misma mañana. Se quedaría en casa de una amiga hasta que pasaran los exámenes, y luego se tomaría unas buenas vacaciones. Viajaría a un país exótico con su madre y allí reflexionaría sobre su futuro, el cual dependía de la nota que sacara en la oposición. Le gustaría trabajar en París, vivir en un buen barrio y tener hijos; lo que se dice llevar una vida tranquila. Estaba claro que aquello no era lo que Manu deseaba. Al fin, tras haber discutido como nunca hasta entonces lo habían hecho, se había dado cuenta de que no tenían las mismas perspectivas de futuro. Él era un bohemio que no pensaba ponerse a trabajar en serio por el momento. Y es que encima tenía valor de decir que se trataba de una cuestión de principios dado que defendía “la huelga humana”. Él, que siempre había vivido como un rey gracias a ella, ahora le venía con esas después de haber pasado las vacaciones en hoteles de cinco estrellas en montones de países con sus padres. Lisboa, Venecia, Roma, Praga, Viena, Budapest..., eran algunas de las ciudades que había visitado con su familia, sin contar los cinco años que había vivido a su cuenta en París y uno en Madrid. Y en lugar de agradecerse, le había soltado que sus padres le parecían unos burgueses aburridos, que cada palabra que pronunciaban resultaba tan falsa que le producía náuseas. También le había dicho que cuando viajaban lo miraban todo como a través de la vitrina de un escaparate. ¡Qué insolencia! Y es que en realidad se pasaba la vida protestando y sacándole defectos a todo. Al menos a partir de ahora iba a poder ponerse vaqueros, y especialmente esos cortitos que llevaban todas las chicas. Porque él, con su mente retorcida, los consideraba una vejación para las mujeres. Ella quería ir a la última, por mucho que él se empeñara en que la moda era un modo de someter al género femenino e imponerle tiránicamente un modo de conducta. Cada vez tenía más claro que el malvado era él, y por eso veía amenazas donde no las había. A partir de ahora, lo que él pensara ya no le importaba lo más mínimo. Cuando una relación de pareja se acababa, era de manera definitiva. Entonces recordaba canciones que afirmaban que el amor no duraba siempre, como una de François Hardy. Al final iba a resultar cierto que el amor sólo duraba tres años, tal como afirmaba ese escritor francés que a ella le horrorizaba. En el fondo pensar así tampoco le hacía ningún bien porque había planeado casarse y permanecer toda su vida con el mismo hombre, como su madre. Aunque por otra parte el divorcio tampoco es ninguna desgracia, se decía. Pensaba que el propio presidente de su país estaba divorciado y se le veía feliz. Ella le había votado en contra de la opinión de su novio, que se decía de izquierdas, pero que sin ningún tipo de escrúpulos se había unido a una chica rica, como al parecer también había hecho Marx. Lógicamente lo que quiere todo el mundo es vivir bien, y lo cierto es que en Francia hay mejores condiciones materiales que aquí, así que me voy. Modu se encuentra soñando con pasteles de fresa de todas las formas

Modu se encuentra soñando con pasteles de fresa de todas las formas y tamaños, quizá por haberlas tomado en abundancia en casa de las gemelas.

Y es que todas las mujeres que conocía, sin excepción, eran generosas con él.

Claro que tampoco podía considerársele un amante tacaño, dado que les ofrecía, además de mucha ternura, toda la fuerza física que poseía; pues consideraba que eso era lo que ellas buscaban en los hombres, haciéndoles desearlos con vehemencia.

Él simplemente lo daba todo, y a cambio recibía lo que se merecía.

La verdad es que tenía mucha suerte comparada con otros africanos, especialmente los chaperos, o los que se acostaban por dinero con mujeres mucho más mayores.

Aunque en ciertas ocasiones a él no le había quedado más remedio que buscar el amparo de esas pobres señoras gordas cincuentonas a las que nadie quería y de las que el mundo occidental estaba lleno.

Al parecer se trataba, como casi todo, de un modelo de alimentación y modo de vida americano que los españoles habían comenzado a padecer desde hacía tan sólo unos treinta años.

Según le habían contado, la dictadura les había hecho permanecer aislados del resto del mundo civilizado, y hasta la muerte de Franco tenían tan sólo lo justo para no perecer.

La gente habitaba el campo, criaba animales y trabajaba la tierra, hasta que en el ochenta el país se había llenado de carreteras y supermercados.

Las mujeres tenían antes otro papel social, y en vez de pasarse el tiempo libre de tiendas, como había escasez, se las arreglaban para nutrir con materias primas baratas a su familia.

Lo cierto es que le costaba imaginarse una España así, pues la imagen que ofrecía ahora era la de una abundancia descomunal.

En el fondo se alegraba de ser pobre y no dejarse llevar por los pecados capitales, ya que el exceso resultaba tan nocivo para los cuerpos y las almas como la privación.

A veces se preguntaba si el mundo no debiera estar mejor repartido, y en vez de tantos tratamientos para adelgazar, la gente podría conformarse con una cantidad razonable de dinero, y destinar el resto a los que realmente pasaban hambre, e incluso morían de inanición, como sucedía en su país.

Eso lo había hablado con las gemelas, y claro que estaban de acuerdo en que se trataba de una idea lógica que les encantaría poder llevar a cabo.

Pero ellas no tenían ese problema, ya que se repartían el sueldo de una entre las dos, con lo cual no les sobraba nada, y además estaban siempre acompañadas.

Lo que también le parecía muy triste era ver cuánta gente vivía sola y precisaba de animales de compañía para ofrecerles afecto y cuidados, cuando tantos seres humanos carecían de ellos por completo.

Como eso nunca lo había ni siquiera imaginado antes de llegar aquí, le resultaba sorprendente, e incluso tenía reflexionado sobre las razones, llegando a la conclusión de que los perros sustituían a tanto a las parejas como a los hijos.

Y a veces se preguntaba si también realizarían con ellos prácticas sexuales.

Suponía que habría de todo, pero a los hombres eso les iba seguro, no hacía falta más que ver la cantidad de machos que gozaban de encolar a sus semejantes, y la prueba era que por diez euros muchos de sus conocidos ofrecían ese tipo de servicio.

Aunque lamentablemente, según le habían contado, eso también lo demandaban muchos de los que trabajaban como representantes de las ONGs al saberse poderosos frente a la miseria absoluta.

Sin embargo, la verdadera caridad, como los pasteles de fresa con los que sueña, eran cosas de mujeres amables, dulces y misericordiosas, de verdaderas diosas.

Mónica sonríe porque antes de acostarse había mirado el correo y tenía uno muy romántico de un chico francés al que acababa de conocer.

Eso era lo que necesitaba en su vida, un poco de romanticismo, porque del resto no le faltaba de nada.

Trataba de recordar el color de sus ojos, de su pelo, la forma de su nariz, las orejas...

Pero como mucho lograba recrear cambiantes caricaturas de diversos rostros tan desconocidos como los que se cruzaban diariamente en su camino.

Recordaba que había permanecido toda la noche de pie en una esquina mientras que su novia coqueteaba sin cesar con el anfitrión.

En el fondo le produjo lástima y acercó a él ofreciéndole un intercambio, en lugar de conversación, de lenguas, en plural, con e abierta al final.

La broma había surtido efecto porque de inmediato se sonrojó.

Luego comenzaron a hablar de temas absurdos como el Nepal, los koalas, o las jerarquías angélicas.

A todo esto en francés, porque él no sabía ni una palabra de español.

Parecía un chico tímido, aunque muy inteligente.

Sonreía de nuevo pensando que aquello le excitaba, y que además hacía mucho tiempo que no se encontraba con ningún hombre así de interesante.

La mayoría le parecían demasiado básicos.

Manolos, les llamaba.

Por cierto, Manu debía proceder de Manuel.

Sin embargo no parecía alguien inclinado a los trabajos manuales, sino a las arduas labores intelectuales.

En todo caso sus delicadas manos estaban hechas para acariciar, aunque también parecía saber hacerlo a la perfección con la mirada.

Lo cierto es que estaba contenta a rabiar.

Le parecía un milagro que alguien volviera a regar su corazón tras tantos años de sequía.

Quizás pronto llegaran a germinar las semillas que dormían en él.

De hecho notaba ya un extraño calor en su pecho.

Le había respondido, precipitadamente, que podrían encontrarse en el museo del Prado a las doce.

El problema era que como siguiera pensando en él, iba a llegar a la cita sin dormir.

Cuánto tiempo hacía además que no visitaba aquel maravilloso museo.

De repente recordó que su padre lo adoraba, y juntos pasaban allí las mañanas de los domingos haciéndose pasar por turistas y riéndose hasta saltárseles las lágrimas.

Aunque su padre se consideraba ateo, ella no podía evitar mirar hacia el techo para tratar de comunicarse con él y expresarle su alegría.

Entonces pensaba que aquella debería haber sido una noche mágica, ya que incluso a Marcial le había sucedido algo insólito.

El pobre había tendido que abandonar la pensión al haber pasado la dueña a mejor vida y su hijo vendido el piso.

Resulta que cuando se puso a buscar habitación, como el barrio estaba próximo a la Universidad, se había llenado de estudiantes ricos de provincias que se negaban a compartir morada con un simple camareruco.

¡Qué nazi se está volviendo la gente!, piensa con lágrimas en los ojos.

La verdad es que podría haberse mudado de barrio, pero era un cabezota.

Decía que al menos allí conocía a mucha gente y se sentía parte de la sociedad.

A ver si es cierto que le ha caído una mujer del cielo, se dice volviendo a sonreír y tratando en vano de dormir.

Mohamed llora como un niño.

Resulta que había salido poniéndose como disculpa el tener asuntos que resolver, del mismo modo que lo haría luego con su mujer.

Ella, aunque debía sospechar que estaba metido en el business del hachís, no tenía, por su bien, derecho a conocer los detalles.

Sin embargo ese negocio no le requería el mínimo esfuerzo puesto que estaba automatizado, por así decirlo.

Los traficantes eran verdaderos empresarios, gente seria, ya que se trataba de uno de los negocios estrella en la ciudad.

Para empezar no había que pagar impuestos, y las drogas se vendían como caramelos a la puerta de un colegio.

La cocaína era la que más beneficios daba, claro está.

Normalmente entraba por Galicia en barcos pesqueros, a veces a toneladas, tal era el nivel de consumo; aunque no sólo se vendía en España, sino que también se distribuía por toda Europa.

Al parecer los españoles eran los principales consumidores, pero los ingleses y los italianos les iban a la zaga.

Aunque él no tomaba ningún tipo de estupefaciente, y menos aún alcohol, suponía que mezclándola con licor se formaba una especie de cóctel en el cerebro que debía hacer a la gente sentirse dioses omnipotentes.

De no ser así pensaba que no se gastarían en ella el dineral que costaba.

Aunque no contaba con datos oficiales, sabía que en unos años las ventas se habían duplicado, así que suponía que las mujeres se habían consagrado en cuerpo y alma a consumirla, como hacían con el alcohol y el tabaco.

Poderosas redes mafiosas controlaban el tráfico, y él no era sino una pieza diminuta del inmenso engranaje.

La primera vez, como un incauto, tuvo la osadía de probar por su cuenta.

Le salió mal, claro, pero gracias a eso había logrado introducirse en el negocio.

Como si se tratara de una película, los policías que lo habían detenido al pasar la frontera, tras reírse de la ínfima cantidad que transportaba, quizás asombrados de su sangre fría, le preguntaron si tendría el valor de atreverse con cargamentos mucho mayores.

A partir de aquel día no había vuelto a tener problemas con las autoridades.

Tan sólo tenía que comunicarles cuál era la matrícula de su vehículo antes de emprender el viaje y obedecer órdenes.

En realidad había tenido mucha suerte, porque el tráfico de hachís, al beneficiar en cierto modo a los los moros, y proporcionar menos ingresos que la cocaína, resultaba más perseguido.

Las drogas y la prostitución eran los medios que existían para manejar enormes cantidades de dinero, y el mercado inmobiliario no era más que la tapadera de esa descomunal olla a presión.

Él, un garbanzo dentro de un cocido inmenso, se encontraba plenamente integrado en la sociedad corrupta a la que pertenecía.

La prostitución le gustaba como al que más, aunque en el fondo le resultaba escandaloso ver como las pobres mujeres se vendían hasta en la calle, a plena luz del día, sin el menor reparo.

En su país también existía, pero se parecía más bien a lo que aquí se consideraba el ligoteo, y si ella aceptaba irse contigo, tenías que pagar.

Lo cierto es que por haber pecado, y no haber sido la primera vez, ya que se últimamente se estaba aficionando, ahora llora arrepentido.

Melissa apaga el despertador, que a menudo podía sonar durante horas sin lograr despertarla.

Lo primero que hacía siempre era mirar la hora y respirar hondo al comprobar que no llegarían tarde ni ella al trabajo ni los niños al colegio, luego saltar corriendo de la cama y prepararse un café con los ojos aún cerrados.

Permanecía dormida aún unos minutos frente a la cocina hasta que el silvido de la cafetera marcaba el momento de levantar definitivamente los párpados y enfrentarse a la realidad.

Todo aquello resultaba una tortura diaria, pero estaba acostumbrada, lo mismo que a criar a sus hijos siempre corre que te corre, agobiada pero en el fondo feliz.

Su secreto sin dudas era el café, ese brebaje turbio que la ponía espídica cada mañana, pero sin el cual no sería capaz de sostenerse en pie.

Reconocía que para ella se trataba de una adicción porque cuando se iban a Marruecos de vacaciones era consciente de los efectos tan nocivos que producía la abstinencia en su cuerpo y en su alma.

Se mantenía fiel a su droga porque le parecía que la vida consistía en soportar un sufrimiento constante y combatir un cansancio permanente con una sonrisa en los labios.

Conocía además a muchas mujeres cuyas vidas eran aún mucho más perras que la suya.

Si su madre se había ido de Cuba en busca de una vida mejor, y no lo había conseguido, no era plan de restregárselo a la pobre por las narices.

Por eso trataba de llegar viva al final del día, para llamar a su progenitora y asegurarle que se encontraba bien, ya que para ella vivir consistía en dar la vida y las gracias a quien nos la ha proporcionado.

Por ese motivo aguantaba todo y más, como el hecho de que su marido hubiera pasado una vez más la noche fuera de casa.

Aunque se hacía la tonta, conocía muy bien todos y cada uno de los asuntos turbios en los que estaba metido, desde el tráfico de hachís hasta que le gustaba irse de putas.

Su hermano le había contado que más de una vez que lo había visto solicitar los servicios de las jovencitas de la calle Montera.

Y aunque él tampoco le había precisado por qué demonios se encontraba allí, como desde que era pequeño le había visto utilizar los productos cosméticos de su madre, suponía que además de un erudito era travesti.

Ella, aunque podía parecer una mujer de lo más vulgar, comprendía todo porque su corazón era inmensamente grande y carecía de prejuicios.

Árabes, cristianos, ricos y pobres, eran iguales frente sus ojos puros y llenos de amor hacia los demás.

Quizás en eso radicaba el secreto de su felicidad.

Con tomarse cada mañana un café tenía suficiente para afrontar todas las vicisitudes cotidianas, y por eso comprendía también a los que fumaban porros o se atiborraban de cocaína y alcohol.

La vida era igual de dura para todos, y sin drogas, o la más fuerte de todas ellas, el amor, se volvería insoportable.

Lo que ya no le parecía tan bien era lo de que ir a comprar sexo fuera teniéndolo en casa, así que las cosas no iban a quedar así.

Esa mañana, por mucho que el encargado le echara una bronca de tres pares de tetas, ya que era domingo, se merecía un descanso.

Así que apaga el despertador sin temor a dormirse de nuevo.

Momo se despide de su amigo cuando ya ha comenzado a amanecer. Habían permanecido casi dos horas sentados en la plaza de Alonso Martínez hablando de música, que era la pasión de su colega. Por ese motivo trabajaba en ese bar, ya que entre semana pasaban por allí las mejores bandas de jazz y de blues del mundo. A veces incluso le permitían tocar un ratito la batería con ellos. Qué tendría la música para ser capaz de llenar toda una vida, se preguntaba mientras Marcos le contaba emocionado sus experiencias con músicos de los que él ni siquiera había oído hablar, y dudaba que volviera a escuchar alguna vez sus nombres. Se diría que en ese sentido aquel era el rincón más neoyorkino de la ciudad, aunque los fines de semana se convertía en un garito vulgar lleno a rebosar. Como tenía cierto renombre, los que iban allí los sábados a beber, esnifar y ligar, se consideraban gente con clase. Según su amigo eran treintañeros de familias adineradas con buenos puestos de trabajo que venían con ganas de tirarse a quien fuera. Al parecer las mujeres, las típicas rubias de bote, iban derechas a por él. Según se las describía, eran igualitas a los modelos femeninos que promocionaba la revista en la que trabajaba; es decir egoístas, despiadas y agresivas, buscando sexo al estilo de la serie americana favorita de todas ellas. Luego estaban los hombres, más tranquilos pero tan sólo en apariencia, dado que el hecho de tratarse de expertos cazadores de carne humana durante siglos les había vuelto taimados, aunque el brillo lascivo de sus miradas también asustaba. El dueño lo tenía clarísimo, por un lado estaba su pasión por la música que le costaba dinero de su bolsillo, ya que la ciudad no era aficionada a esos estilos musicales, pero por otro aprovechaba la afición del personal al ligoteo para compensarlo. Así que los fines de semana empleaba a los camareros como carnaza para nutrir a las fieras, y así salía de allí su amigo, destrozado física y moralmente. Se habían conocido en el colegio y siempre se llevaron bien, aunque sus vidas poco tenían en común. Si la suya podía considerarse de lo más común: padres normales, carrera, trabajo y matrimonio; la de Marcos parecía un tango. No en vano su madre era argentina, aunque de origen español, casada con un italiano del que pronto se separó y luego se vino a Madrid. Trabajaba de modista, y su único hobby era hacerle la vida imposible a su hijo. Entonces, para no tener que escucharla, había comenzado a refugiarse en la música. De adolescente se pasaba el día metido en Madrid Rock o tocando la batería. Y así había seguido hasta que un buen día se enamoró. Él había presenciado aquel momento tan crucial en la vida de su amigo. Se habían ido de Interrail por Italia, haría ya más de diez años de aquello. Estaban tirados en la plaza de San Marcos, fumando porros tranquilamente, cuando una chica guapísima con acento argentino se acercó a pedirle fuego. No sabía lo que le había sucedido, pero se quedó como en trance. Ella dejó a sus amigas, se les unió aquella tarde, y luego por la noche. Al día siguiente, cuando fueron a dormir a la playa, ellos desaparecieron. Tras aquel fulminante flechazo, se marchó a Buenos Aires; pero luego, cuando todo se fastidió por allí, regresaron a Madrid. Ella trabajaba, pero él se empecinaba en llegar a vivir de la música, lo cual le parecía bastante egoísta por su parte, y no le extrañaba que hubieran terminado mal. Al menos a mí me va bien con mi mujer gracias a que tengo un empleo fijo, considera mientras se despiden con un apretón de manos.

Marisa abraza dormida a su hermana, estrechándola contra su cuerpo y sintiendo su calor.

Aquel gesto tan habitual entre ellas era lo que le proporcionaba la fuerza para existir en el gran sentido de la palabra.

Amo ergo sum era su filosofía.

Por eso desde que había descubierto en Francia la obra de Tiquun se sentía parte de ellos.

Se trataba de un grupo de filósofos considerados como revolucionarios, y en realidad lo eran por preconizar el amor en tiempos de cólera.

Les había conocido cuando se encontraba en París en la primavera del 2006 investigando para su tesis sobre la obra de la escritora y feminista Hélène Cixous.

Para pagarse la estancia, cuidaba niños durante la hora de comedor y el recreo en un colegio para ricos de la rive droite.

Por unos cientos de euros, les ofrecía su cariño y cuidados del mismo modo que ella los había recibido durante su infancia, sin considerar que eso podría considerarse para ellos un privilegio más.

Nunca antes se había planteado el hecho de resultar tan dulce y bella, porque desde niña le había parecido normal.

Pero cuando le había tocado colocarse del lado de los jóvenes golpeados por la policía, había comenzado a considerar que a lo mejor no resultaba fortuito el hecho de que todos los marginados fueran tan feos y huraños.

Resulta que sus madres les habían destetado y abandonado nada más nacer para ir a trabajar a las casas de los burgueses que habitaban el corazón de la ciudad del amor.

Así había caído en la cuenta que ella misma, como toda mujer joven, recibía pingües honorarios a cambio de vender no sólo su tiempo, sino todo su ser.

Y es que estando de buen ver, una podía optar fácilmente a un trabajo, pues se convertía en la mercancía predilecta del burgués.

Incluso Godard había hecho lo mismo con sus mujeres, por mucho que al mismo tiempo se hubiera consagrado a criticar ese abuso.

Alphaville, una de sus películas favoritas, mostraba a la perfección que vivimos en una época imperial como la romana.

Tal como relataba Pascal Quignard, uno de los muchos autores a los que leía en francés, el sexo, desde la época de Augusto, se había convertido en un arma de guerra al servicio del poder.

Cristo, no por casualidad, había ofrecido sus doctrinas de libertad, igualdad y fraternidad con las mismas ansias de justicia social que Tiquun en pleno reinado de un emperador romano perverso, cruel y malvado.

Según las leyes morales del imperio, el amor amenazaba la estabilidad patriarcal ofrecida por el matrimonio como método reproductivo de los patricios.

A partir de entonces la libertad sexual y amorosa se encontraron proscritas.

Los esclavos se revelaron, como durante el comunismo, pero no consiguieron nada porque la iglesia católica romana, a través del matrimonio, transformó el cristianismo en un nuevo brazo armado del poder esclavista y bélico.

Todo eso lo había aprendido a través de sus lecturas y las conversaciones con Ángel.

Él, al igual que la primera mujer que llegó a convertirse ministra en el mundo, una anarquista republicana española, ofrecía auxilio a las mujeres que vendían su cuerpo y su alma para que los hombres saciaran su sed de mal.

Las prostitutas eran simplemente seres humanos sacrificados por el bien del capital.

Pero ese no era su caso, pues aún dormida se sabe amada, algo tan necesario para vivir como el agua o el pan.

Manu observa a Muriel hacer las maletas.

Nunca hasta entonces se había dado cuenta de que su meticulosidad llegara a tales extremos.

Ella siempre había sido escrupulosa, limpia que se dice, también ordenada, tal como se esperaba de las mujeres de las familias bien.

Entonces, al verla actuar como si estuviera en un laboratorio, se daba cuenta del significado de aquel hábito femenino tan bien aceptado socialmente.

Era el horror a la muerte lo que se encontraba implicado en aquel ritual sagrado.

Ahora comprendía por qué cada vez más personas se veían afectadas por fobias relacionadas con el miedo a contraer enfermedades.

La gripe A, por ejemplo.

Un virus había conseguido aterrorizar a todo el planeta sin que nadie se hubiera planteado el sentido de aquella amenaza.

Se trataba de la falta de fe, pero sobre todo de amor.

La prueba era que en unos instantes, simplemente por el hecho de haber roto con él, se había convertido en una especie de robot.

Sus movimientos eran los de un autómatas, y la expresión de su rostro producía terror.

En el fondo se sentía feliz y respiraba hondo alegrándose de haber terminado con ella.

Por mucho que le hubiera echado en cara el haber estado viviendo durante años a costa del dinero de sus padres, pensaba que ella le había estado vampirizando.

Para empezar se aprovechaba de su pensamiento.

Nunca leía, ni siquiera el periódico, y esperaba que él le ofreciera no sólo la información, sino la repercusión de cada noticia.

Él reflexionaba sin cesar en voz alta, mientras ella mantenía una sonrisita de satisfacción, como quien se sabe dominador.

Entonces las mujeres frías, dominantes, o flores del mal, como Baudelaire las llamaba; se habían convertido en las amas del mundo.

Y esa violencia, disfrazada de pulcritud, le parecía propia de un sepulcro.

Eso realmente significaba la escrupulosidad malsana, el hecho de considerar a los demás como cadáveres putrefactos.

Lo séptico se encontraba dentro de todos nosotros, y todos esos afanes antisépticos no servían más que para aumentar el padecimiento que un profeta había venido en vano a la tierra a redimir.

La razón de todo aquel miedo patógeno, el verdadero germen del mal, era sin duda la ausencia de goce.

Es decir, la escisión del núcleo del ser, el cisma entre el sexo y el amor.

Ellos, como toda pareja genuina, se habían iniciado en ambos poco a poco.

Primero había llegado la atracción y luego el acercamiento.

Una vez a solas, sus almas se habían buscado a través de los ojos, encontrándose y regocijándose mutuamente.

Los labios, pero especialmente las manos, durante años habían sido capaces de fusionar por sí mismas sus dos seres.

Lo que se dice sexo, la unión genital propiamente dicha, había tardado en hacerse un hueco en sus encuentros amorosos.

Precisamente en aquella primera época el deseo fluía como un río.

La eyaculación carecía de importancia pues sucedía de modo espontáneo.

Pero luego, cuando el coito se institucionalizó, de algún modo fue robando terreno al amor, y así al final su alma había llegado a convertirse en un pozo seco.

En el fondo algo le había matado por dentro, y viéndola actuar con tal vehemente frialdad, reconocía a la culpable de aquel crimen contra la humanidad.

Malaika se encuentra en estado de shock pues jamás hubiera imaginado que podría llegar a encontrarse en un situación tan comprometida.

Resulta que mientras entablaba conversación tranquilamente con una chica Nigeriana para saber si había alguna posibilidad de salvarle la vida, el marido de su hermana se les había acercado.

Una sangre helada, pues fría ya tenía que tenerla para encontrarse allí haciendo lo que hacía, se había apoderado de su espíritu.

Era tarde y ya no quedaban más chicas por allí, así que tenía el cincuenta por ciento de probabilidad de que le tocara.

Además sabía muy bien que los árabes eran realmente racistas frente a los negros, a los que consideran una raza inferior; aunque luego eso no les impedía tratar de imponerles su religión.

Bueno, al menos todo había ido bien, como de costumbre.

Le había hecho subir a su habitación en la pensión Amador, decorada especialmente para la ocasión.

Allí, durante los dos años que llevaba metido en eso, se había dedicado a colocar todas cuantas fotos de mujeres maltratadas encontraba para inspirarse a la hora de realizar su performance.

Al entrar les preguntaba lo que querían y les cobraba por adelantado.

Entonces, cuando se disponía a guardar el dinero en el bolso, sacaba su pistolita traída de Los Ángeles para la ocasión.

Muy dulcemente les hacía arrodillarse y pedir perdón por sus pecados.

Muchos, la mayoría, terminaban llorando arrepentidos.

Y es que algunos, tal como confesaban, llegaban incluso a tomar el dinero que sus mujeres ganaban limpiando, los muy hijos de mala madre.

Es decir, de mujeres esclavizadas y maltratadas por todo quisque, como las suyas.

En realidad no creía que en esa guerra hubiera buenos y malos, sino fuertes y débiles.

Los hombrecillos que iban allí a pie eran poca cosa, pobres diablitos que si no maltrataban físicamente a sus esposas era porque tenían menos fuerza que ellas.

Por eso motivo necesitaban utilizar a aquellas chicas para mantener su hombría a punto.

Ellas se dejaban hacer porque estaban al servicio de un fiero bien musculado que a puñetazos las mantenía firmes sobre los tacones.

Se trataba de una cadena como la de la alimentación, prueba de que el canibalismo había logrado adquirir un matiz más simbólico a través de las religiones monoteístas.

De hecho pasar por la piedra significaba antiguamente sacrificar, como lo hicieron los judíos con Jesucristo por tratar de defender a las prostitutas y el amor frente al sexo.

Pero para los romanos, cuyos antepasados habían sido amantados por una loba, sinónimo de puta, pasar por la piedra consistía en encolar violentamente al enemigo.

Y por eso, a pesar de Cristo, Venus y Marte, el sexo y la guerra, las armas y la prostitución, seguían siendo los verdaderos dioses demoníacos de los hombres.

Así que su labor redentora consistía en calentarles las nalgas y meterles el puño por el ano para que supieran lo que era bueno.

Lo cierto es que tenía éxito, porque todos volvían a repetir después de cierto tiempo.

Se trataba sin duda de una cuestión de justicia, pues el que da golpes, también necesita recibirlos en revancha, de lo contrario su alma se siente pecadora y sufre.

Al fin y al cabo, todas las relaciones sociales se basaban en un toma y daca.

Los que iban de muy machos, tenían siempre en el fondo una parte femenina clamando ser penetrada.

Pero, aún creyendo haber actuado correctamente, se siente conmocionado.